

Palencia

Cuando yo era chico y no quería comer, mi tía Ana me cogía sobre su regazo y, entre cuentos y carantoñas, me hacía lo que ella llamaba un ajo de galletas, que no era sino llenar una taza de leche de galletas *maría* hechas pedazos. Mi abuelo Juan, antes de salir a comprar el ABC y a tomarse un café en el bar de la Viuda, se tomaba una taza de café con leche y galletas *maría*, que, para mi admiración, cogía de cuatro en cuatro. Mi madre compraba una de aquellas cajas grandes de galletas *maría* que mis hermanos y yo –sobre todo ellos– liquidábamos de un día para otro, rellenando de leche la taza tantas veces como hiciera falta.

Muchos años después, alguien me dijo que Palencia no existía y yo le contesté que sí. “¿Has estado alguna vez en Palencia?” “No” “¿Conoces a alguien que haya estado en Palencia?” “No”. “¿Lo ves?: Palencia no existe. Sólo es una invención de los cartógrafos”. Yo reí el chiste, pero no dudé en aplicar la experiencia de mi infancia para dar una contestación que no admitía réplica: “Si Palencia no existe, ¿dónde hacen las galletas?”.

Pronto no podré dar esa contestación: de las seis fábricas que había en Aguilar de Campoo (Palencia), sólo queda una, la de Gullón. La fabricación de las galletas Fontaneda es trasladada ahora por la multinacional United Biscuits –a quien la familia propietaria se la vendió hace algunos años– a fábricas del País Vasco y Navarra, dejando en el paro a más de doscientas personas en un pueblo que tiene unos pocos miles de habitantes. El cierre, aparte de dolerme por lo que de simbólico tiene para mí, me hace pensar en el destino final de las empresas familiares, que difícilmente sobreviven a la tercera generación, y en la dependencia que los pequeños pueblos tienen de las empresas grandes, sobre todo de las multinacionales.

Cualquier desarrollo aupado sobre un único punto tiene mucho de ficticio, es como un castillo de naipes, de manera que cerrado ese punto se viene abajo todo el entramado económico levantado sobre él. Como una empresa que crece por las ventas realizadas a un solo cliente está a expensas de la voluntad de éste, también un pueblo que crece sobre la prosperidad de una empresa está a expensas de las decisiones de ésta o de su buena marcha. Un pueblo no es industrioso porque tenga una empresa o dos que

den trabajo a muchos trabajadores (si acaso, será industrial, que no es lo mismo), sino porque tengan muchas empresas, aunque cada una de ellas dé trabajo a pocos trabajadores. Es una evidencia, pero no siempre somos conscientes de ello, sobre todo los poderes públicos, que no pocas veces apuestan más por una política de apoyo a los grandes grupos que a los pequeños y por el fomento de las inversiones foráneas antes que por desarrollo de un tejido empresarial propio.

Palencia existe. Ahora puedo dar fe de ello porque hace medio año estuve en algunos pueblos de la provincia y en la capital. Palencia es una de esas preciosas ciudades castellanas con catedral vieja y muchas calles peatonales llenas de gente amable, educada y elegante. Palencia existe, aunque fabrique pocas galletas. Si les preguntan y no han estado allí, contéstenle afirmativamente y, si necesitan certificarlo, recuerden a quien creó uno de los mayores símbolos pedrocheños y añadan: “Si no existe, ¿dónde nació el Marqués de Santillana (Carrión de los Condes, 1398), el que escribió aquello de *Faciendo la vía/ del Calatraveño/ a Santa María,/ vencido del sueño,/ por tierra fragosa/ perdí la carrera,/ do vi la vaquera/ de la Finojosa?*”.

Juan Bosco Castilla